
1997

Marina Sevillano Bermejo

Cerró con energía la puerta de su habitación. Había sido un día duro. La época de los monzones se acercaba y el calor sofocante del atardecer se mezclaba con los intensos aromas que perturbaban su nariz desde el día que llegó. Su jornada comenzaba a las ocho, con un desayuno continental, en el que tomaba un zumo, un café aguado y unas tostadas que ni se parecían a las de su tierra añorada. Solía guardar algo de fiambre reseco para almorzar a media mañana, y una pieza de fruta. El día sería

agotador. Sí lo hubiese cuando fue becada por el ministerio, en vez de ropa habría traído la maleta llena de mejillones en escabeche.

Se derrumbó en la cama XL. Tenía los pies doloridos y alguna que otra contractura. Sentía el gusanillo devorador del hambre en su estómago, pero pensó que sería mejor darse un baño antes de cenar en el restaurante del magnífico hotel. Llenó la bañera de agua caliente y jabón y se sumergió. Llevaba quince días en este extraño país. Pekín era una ciudad poderosa, enérgica, llena de contrastes, sabores y olores que le eran difíciles de descifrar. Cerró los ojos y visualizó el día de mañana.

A primera hora impartiría clase de castañuelas en el Conservatorio, seguido de ensayo con alumnos avanzados de las sevillanas boleras. Por la tarde invitada de honor en la compañía de Danza contemporánea de un exmilitar convertido en mujer que resumaba arte y técnica por los cuatro costados. Suspiró. Todavía le quedaban veinte días por delante y mucho trabajo por hacer, eso restando las invitaciones formales de la embajada y demás apariciones públicas en representación de ese arte tan nuestro como es la Danza Española.

Su mente divagaba en estos pensamientos, cuando el teléfono que colgaba al lado de la bañera sonó. Como un atún de almadraba salió a la superficie y descolgó.

- ¿Si? -Una voz chillona y veloz le comunicaba en un inglés chinesco, que tenía una llamada de teléfono.

- *She, she* -contestó.

Era su querido y confidente “partener”

- *Hola cariño, parece que estás aquí al lado* - dijo con voz jocosa.

- *¡Ja!, que gracioso eres. Aquí estoy, dándome un bañito caliente y con un hambre que no veas...*

- *¡Ummm! mi pastelito, ¡quien te tuviera cerca para darte un lametazo en la guinda!*

- *No digas esas cosas...que me pongo como una olla a presión.*

- *Qué ¿alguna novedad?*

- *Nada. Más de lo mismo. ¡Ah! bueno el fin de semana, voy a hacer una tortilla de patata en la casa de té de Gynar. A ver, por que aquí el aceite parece del que tú le echas al motor del coche.*

- *No será para tanto exagerada.*

- *Si, ya. A ti te querría ver yo aquí, soñando cada día con esos aliños de huevas, ese atún “encebollao” y esa fritura de calamar de pota. ¡ Ay!*

- *Bueno tocinito de cielo que esto me va a costar un riñón. Te quiero.*

- *Yo también. Adiós. ¡Ah! tómate un “pelotazo” a mi salud ¿vale?*

Salió de la 5:25 con hambre de perro flaco. La mezcla de voz de su amor y de las imágenes de comida española habían provocado una catarsis culinaria en la que se encontraba dispuesta a tirar la casa por la ventana y pedir aquello que sugiriera el chef. El restaurante estaba en la última planta. La decoración en un rojo vivo le hizo decidir que tomaría un vino tinto. El camarero mostró las gambas que saltaban alegres en un cubo azul de plástico -se supone que para probar su frescura-, cosa que logró provocar la imagen mental de una buena fuente de langostinos cocidos, a los que no les hacía falta exhibirse para mostrar sus mejores cualidades. Suspiró. Cenó un buen plato de gambas cubiertas de un caramelo rosa crujiente y acompañadas de un bol de ajetes con salsa de soja. De segundo, revuelto de algo parecido a unas setas, con trocitos de pollo y unas hierbas picantes que por mucho que intentara descifrar seguirían siendo para ella un jeroglífico. El vino dejaba que desear, una auténtica clavada en el precio, pues se cotizaba como el oro. *Más motivo para terminarla* - pensó. Y de postre final un tipo de tarta helada, acompañada de una especie de yogur amarillento que contrarrestaba los efectos del picante.

Saciada pero no satisfecha pagó la dolorosa. Permitirse un lujo así de vez en cuando no estaba mal. Al levantarse se dio cuenta que su cuerpo se aflojaba y que el efecto del vino comenzaba a hacerle mella. Sonrió. El murmullo de las voces que poblaban los pasillos le sonaba a música celestial. Decidió que lo mejor sería irse a la cama, sola.

No encendió ni el televisor. Se zambulló entre las almohadas y llamó por alegrías a Morfeo.

“Tirititrán, tran trán, tirititrán”... un jocosos langostino rasgaba un erizo de mar, mientras los demás habitantes de la cámara frigorífica esperaban para salir.

- *Mi arma ¿qué priza tenei? Si hasta las dos no er convite. Además todavía no han llegado la familia ibérica, pué la preza sigue preza.*

- *A mi -contestó el cazón- todo esto me parece inapropiado. Llevo tres días en adobo y no me siento preparado.*

- *Siempre estás igual -le replicó el rape- si no fueras tan elitista, cualquier traje te vendría bien. Mira la urta. Siempre sale a la roteña y no por eso va de pedigüeña.*

- *Pero que guaza tenéis. Si fuérai calamar, con relleno o en su tinta ya vei como os daba igual”.*

La voz del jefe de cocina interrumpió el parlamento. Traía nuevo genero y por la algarabía de su voz se jactaba de ser lo mejor, lo mejorcito del mercado. Unas exuberantes verduras, con piel de terciopelo y colorido de feria hicieron su entrada apoteósica en la cámara. Iban bien escoltadas por unos champiñones que hacían de parasol y guardaespaldas. Todos quedaron mudos. Los tomates, en todas sus variantes, venían directos de la huerta, con el brillo del sol a sus espaldas. Pronto serían gazpacho o salmorejo, o quizás un picadillo. El caso es que entraban como un toro a la plaza, dispuestos a verter su jugo por honor y raza. Las gambas se rifaban la cabeza de ajo más grande, y los taquitos de jamón murmuraban a espaldas de los huevos de corral. Cuando llegaron los ibéricos una aclamada general invadió de patriotismo la cocina. “Hala ya estamos todos”. Uno a uno o por grupo fueron sacados de sus habitáculos, desparramados por encimeras y fogones; orgía desatada de colores, olores, sonidos. El aceite virgen de oliva actuaba de moderador y mamporrero. En caliente, en frío, daba igual.

- *Esos espárragos -comentaban las almejas- parece que tomaron viagra.*

- *Ja, ja. Las coquinas presumen de pimentón, pero a ver quien somos las más picantes. ¡Ji ji ji ji!*

La fiesta duró unas cuatro horas. Decenas de platos se exhibían arrogantes ante las miradas de cocineros y pinches. Todo estaba listo para la comida de los embajadores. Sería un gran éxito, producto nacional de primera mano.

Unas morcillas de cebolla sudaban en la plancha cuando Sandra despertó sobresaltada. El corazón le latía a cien por hora. Sintió que un calor estremecedor recorría su alma. Tenía la boca seca, sedienta de agua, y el cuerpo caliente, sediento de amor. No pegó ojo en toda la noche. Por la mañana tomó una manzanilla de esas que se suponen que arreglan el cuerpo, pero su mente se trasladó a la feria y saboreó un catavinos fresquito.

- *Dios mío, me estoy volviendo loca* -pensó.

Nunca tuvo problemas de peso. Su constitución delgada y atlética por naturaleza le evitó bastantes sacrificios gastronómicos asociados a las bailarinas. El día transcurrió como siempre. A la hora de comer, acudió al comedor de estudiantes donde la comida de zafarrancho hizo su aparición. Más de lo mismo. Compró algo de fruta en un puesto callejero al terminar las clases y regresó al hotel para afrontar la tarde. Por fin llegó el ansiado sábado. Gynar, una menuda y bella mujer china la recogió a las 10 para llevarla a la casa de té. Allí les esperaban otros colegas. Trabajadores de la Unión Europea, músicos y algún que otro curioso. Anexo a la refinada casa de té, estaba la cocina. Unas encimeras de piedra negra delimitaban toda la estancia. Grandes agujeros rellenos de carbón sujetaban los wok donde se suponía que tenían que crecer mis “spanish tortillas”. Todos querían colaborar y aprender tan brillante técnica. Se pelaron las patatas, las cebollas, y al llegar a los huevos, Sandra sugirió que se separara la clara de la yema y se batieran casi al punto de nieve, cosa que había aprendido de su madre. Cuando el aceite comenzaba a humear, pensó que por mucho empeño que pusiera aquello tendría sabor a rancio. En cosa de dos horas cinco flamantes tortillas salieron a la mesa. Tuvo que hacer verdaderos malabares para darles la vuelta. *La próxima vez que compren una sartén en condiciones* -pensó. Pero se ahorró el comentario. Fue todo un triunfo. Los ojos ya rasgados de por sí, desaparecían cada vez que saboreaban el plato.

- *Madre mía. Si comieran una de verdad.*

La sobremesa transcurrió charlando sobre la gastronomía y delicatessen españolas. Se habló mucho del “pata negra”. Los comensales miraban sorprendidos, pues allí el cerdo es abundante pero la mayoría no conocía el sabor del jamón. Suspiró. *“El día que lo catéis, intentareis copiarlo como los relojes de Gucci”*, rió Sandra para sus adentros.

Hicieron promesa de viajar a España y degustarlo. Apuraron la velada con un delicioso helado de té verde. Al caer la noche regresó a las amplias avenidas donde se situaba su hotel. Paseó intentando no alejarse mucho, y recordó las puestas de sol de Andalucía. Pensó que no había nada más bello en el mundo. Con sus aromas, su clima, su color... Un paraíso tan cercano como ahora lejano.
